

á Palacio. Hasta allí eran aplaudidas por acertadas las medidas tomadas por Santa-Anna, que rodeado de sus ayudantes había recorrido la línea de batalla generalizando el entusiasmo. Pero el acierto no duró mucho, pues en la noche del 7 fué desbaratada la línea de batalla, llamando Santa-Anna varios cuerpos para que durmiesen en puntos que consideró débiles y amagados, y quedaron casi sin custodia las seis piezas de artillería del centro de la línea, lo que influyó en la pérdida de la batalla dada al rayar la aurora del día 8, en la cual se distinguió el tercer ligero al mando del coronel Echagaray, que consiguió un momentáneo triunfo que animó á todas las tropas.

Dos veces vacilaron los invasores al atacar el Molino, y por tercera vez volvieron á la carga haciéndose general la batalla, en la cual se escusó de tomar parte el general Alvarez que mandaba las caballerías, y cuando se movió no lo hizo por el camino convenido. El coronel del batallón Mina cae atravesado de una bala, también recibe grave herida el general Leon, y perdida mucha gente se ven forzados los que quedan á emprender la retirada, dejando algunos prisioneros. Avanzaron los enemigos en seguida sobre Casa-Mata donde muere el valiente coronel Gelaty, y también sucumbió ese punto después de haberlo defendido con valor el general Perez que se retiró. Santa-Anna había dormido en Palacio y cuando se presentó sobre el campo de batalla á las nueve y media de la mañana, ya la derrota estaba consumada y no era posible reparar los desastres, y así se pudo decir que la batalla del Molino del Rey careció de general en jefe y se redujo á esfuerzos particulares y aislados, hijos del honor y del patriotismo de los que cumplieron con su deber. Se intentó contener al enemigo que continuaba su avance; pero siendo imposible se abandonaron las piezas y las tropas se retiraron á Chapultepec, habiendo salido fallida la creencia de Santa-Anna de que sería atacada la garita de la Candelaria en cuyo punto había estado esperandó.

En seguida bombardearon los invasores á Chapultepec á la vez que amenazaron á las garitas de la Candelaria y Niño Perdido. Santa-Anna situó en los alrededores de Chapultepec todas las fuerzas de que disponía, y dió á la fortaleza algun auxilio haciendo pasar á ella el batallón de S. Blas, fuerte en quinientos hombres mandados por el bravo comandante Xicotencatl, cuyo batallón casi concluyó al resistir el empuje que el enemigo dió dentro del bosque el infausto día 13, muriendo también varios alumnos del Colegio Militar; cuando tomaron esa posición los enemigos, hizo retirar á los reductos de Belen y Santo Tomas las fuerzas; acusó de falta de valor y de pericia al general Bravo, y habiendo abandonado el general Terrés la garita de Belen, fué abofeteado por Santa-Anna quien mandó arrancarle las divisas y la espada y arrestarle, declarándole indigno de servir á la Nación que le había prodigado sus consideraciones. Ocupada por el enemigo la garita de S. Cosme, después de haberla defendido con bizarría el general Rangel, concentráronse las tropas en la Ciudadela y quedó resuelta la desocupación de México; hubo allí una Junta de guerra en la que se habló de la desobediencia de unos, de la cobardía de otros y de la inmoralidad del ejército en general, señalando como causa de estos males la desorganización social, el mal sistema de reemplazos y la carencia de pagas sufrida por el soldado; se hizo presente que faltaban municiones para sostener un día más el combate, y que eran muy pocas las piezas de artillería, además de que nada se podía ya esperar estando reducidos al débil recinto de la Ciudadela, pues defenderse en los edificios de la ciudad sería comprometerla sin esperanza de éxito; en vista de estas razones quedó resuelto unánimemente que en la madrugada del 14 fueran evacuados la Ciudadela y los edificios inmediatos, saliendo para el rumbo de la villa de Guadalupe los cinco mil sol-

dados que aun quedaban mandados por el general Lombardini, nombrado en jefe; allí dividiéronse las fuerzas, dirigiéndose hácia Toluca y al interior el general Herrera con una parte, y Santa-Anna, con la caballería que ascendía á cuatro mil soldados y con cuatro piezas ligeras marchó sobre Puebla; pero aun regresó desde S. Cristóbal cuando se le anunció que el pueblo de México se defendía oponiendo tenaz resistencia que prolongó hasta el día 15. Algunos ciudadanos de la capital se le presentaron en ese pueblo, anunciándole, con exageración, que la presencia del pabellón de las estrellas había irritado tanto los ánimos, que levantándose el pueblo en masa tenía reducidas al centro de la plaza á las fuerzas enemigas, y le pidieron que contramarchase lo que hizo en unión del general Alvarez.

Regresó Santa-Anna hasta la garita de Peralvillo, dispuso que algunas partidas de caballería recorrieran los barrios y en la citada garita permanecieron fuerzas mexicanas hasta el 16 de Setiembre en la mañana; el general en jefe había pasado el día anterior un oficio al alcalde D. Manuel R. Veramendi, mandándole que no impidiera el entusiasmo del pueblo y marchó para Puebla después de expedir en la villa de Guadalupe el decreto por el cual renunciaba la Presidencia y nombraba un triunvirato para el gobierno, que había de residir en Querétaro hasta que el legislativo resolviera; señalaba para componer el triunvirato al Presidente de la Suprema Corte asociado con los generales D. José J. de Herrera y D. José Lino Alcorta, en sustitución del general Bravo designado de antemano. Descendido Santa-Anna por su propia voluntad del alto puesto que ocupaba, bajó á la clase de guerrillero y guiado por el deseo de destruir á la guarnición norteamericana de Puebla, se encaminó hácia esta ciudad. Pero como el decreto que había dado nombrando el Poder Ejecutivo era inconstitucional y los errores que había cometido venían á ser imperdonables, fué destituido del mando, precisamente cuando fracasaba en su empresa de hostilizar á Puebla, batiéndole en Huamantla una fuerza norteamericana que le sorprendió. Desde ese momento cayó Santa-Anna en profunda melancolía, al morir con sus esperanzas de triunfo las pocas ilusiones que le quedaban. Había tenido noticia en Huamantla que algunas fuerzas enemigas con víveres y dinero marchaban para Puebla y dispuso salir con las caballerías á batirlas, dejando en esa población dos cañones; mas sabedor de que una partida de cuarenta invasores se dirigía á tomarlos, comisionó al capitán Villaseñor para que la batiera, y cuando éste se creía victorioso cayeron sobre él ciento cincuenta de los contrarios y le obligaron á huir. Después quiso desalojarlos Santa-Anna y fué derrotado; el convoy que trataba de capturar entró sin novedad á Puebla, protegido por tres mil soldados que obligaron á D. Juan Alvarez, que fungía de segundo de Santa-Anna, á levantar el sitio formado á la guarnición norteamericana que en esa ciudad había quedado.

Al saber Santa-Anna en Huamantla su destitución, manifestó profundo sentimiento y sorpresa, pues se creía todavía acreedor á consideraciones por el gobierno de Querétaro; se indignó y sostuvo que se volvían en su contra las personas en quienes voluntariamente había resignado el mando de la Nación; aseguró que podía reasumir nuevamente el Poder con solo derogar el decreto por el que había dimitido, supuesto que no perdía la calidad de Presidente hasta que el Congreso le hubiera admitido la renuncia; hizo varias acusaciones contra el Sr. Peña y Peña considerándole como enemigo personal, y achacándole que en 1845 había procurado que le fuera aplicada la última pena, sin embargo de lo cual, dijo, había depositado el Poder supremo en ese señor, no titubeando en sacrificarse por el bien de la Patria; protestó que no prescindía de sus pri-

vilegios al separarse del ejército y del teatro de la guerra, y pidió que su causa fuera con arreglo á las prescripciones constitucionales. Retirado de la política estableció su residencia en Tehuacan, por estar allí su familia, mientras se le contestaba si podía pasar á Oaxaca; provisionalmente entregó el mando del ejército al general D. Isidro Reyes que era su segundo. Allí permaneció hasta que asaltada la población por el general Lane con quinientos voluntarios que llevaban el objeto de apoderarse de Santa-Anna, éste se puso en salvo oportunamente, perdiendo tan solo una parte de su equipaje y del de su familia. Como por entonces se anunciaba ya la conclusion de un tratado de paz, no creyó conveniente ni posible permanecer en la República, y solicitó del gobierno de Querétaro, á principios de 1848, pasaporte para marchar al extranjero, y tan luego como lo obtuvo, así como un salvo-conducto del general en jefe enemigo, se dirigió á la Barra de la Antigua con su familia, escoltado por norte-americanos y mexicanos, y el 5 de Abril se embarcó á bordo del bergantin español «Pepita,» con direccion á Jamaica, despues de recibir en su tránsito hasta la costa, muestras de consideracion por parte de los gefes y oficiales del ejército invasor.

Fué á radicarse á Cartajena, en Nueva-Granada, á principios de 1850; llegó con su familia á bordo del vapor «Tay,» resuelto á establecerse tranquilamente en aquel país, escogiendo para residir al pueblecillo de Turbaco, lugar de recreo; Cartajena estaba entonces muy animada por la exportacion de frutos para los trabajadores del ferrocarril de Panamá. Los santanistas no se dieron por vencidos y siguieron trabajando para hacer regresar á su gefe, llegando á las vías de hecho al pronunciarse el comandante de batallon D. Leonardo Márquez en la Sierra-Gorda el 10 de Febrero de 1849, declarando inválida la renuncia hecha por Santa-Anna, y aunque fué vencido el revolucionario continuaron intrigando los de su partido; el solo rumor de que regresaba el ex-presidente causó profunda sensacion en nuestra sociedad pensadora que calculaba el grado de males que traeria consigo la presencia de Santa-Anna, considerado como el símbolo y bandera de los descontentos y los ambiciosos de bienes personales; la vuelta del general era vista como la señal de los disturbios, de las vías de hecho y como el llamamiento á la anarquía; esto no obstante, llegó á ocupar por sétima y última vez la Presidencia de la República, cinco años despues de su caída y ejerció la Dictadura con el título de Alteza Serenísima.



D. PEDRO MARIA ANAYA.

Tomó posesion del gobierno el 2 de Abril de 1847 nombrandole el congreso presidente sustituto. Cesó de funcionar el 20 de Mayo y volvió á ocupar la presidencia en Noviembre de 1847.

Lit. de la N. de Murquia e hijos.

Pedro M.^a Anaya